



De la colaboración particular de
EL ECO DE LA MONTAÑA.

UNA EFEMÉRIDE INMORTAL
El dos de Mayo.

Por todas partes se oye hablar de cierta inquietud general que domina la Europa, de cierto malestar que aqueja el interior de las naciones, como si se oyeran lejanos rumores que acusaran la proximidad de horribles terremotos y profundas conmociones en los pueblos.

Una paz armada entre las grandes potencias que sostienen un pié de guerra formidable importando una inmensidad de sacrificios que desangran las fuerzas de los pueblos, y en las potencias de menor orden, una división de fracciones hasta al infinito, que se combaten con crudeza y animosidad inexorable. La triple alianza de tres naciones poderosas, por un lado, y la supuesta alianza dupla de dos pueblos, de constitución uno y tendencias las más democráticas y modernistas de los tiempos presentes, y de compleción, el otro, y de sentimientos los más cesaristas y autoritarios de los buenos tiempos del derecho absoluto, por otra parte, vigilándose, midéndose, armándose hasta los dientes y compitiendo en multiplicar los medios de destrucción, acechando el momento favorable de caer el uno sobre el otro para devorarse y esterminarse mutuamente.

En el interior de los otros pueblos que han escapado de este contagio y de esta fiebre bélica, la consunción, una sorda y permanente guerra civil que corroe la vida nacional y esteriliza las fuerzas escasas de la Patria, inutilizándolas para ser puestas al servicio de la salud pública ya tan medrada, ó al de la defensa de nuestros hogares y de nuestra neutralidad amenazada, para el gran día de la conflagración europea.

Como si los odios, rivalidades, antagonismos, concupisencias y emulaciones de personalismos y fracciones políticas que se disputan el poder y el privilegio de hacernos felices bajo su dominación y que han llenado de miseria y de lodo nuestro suelo no fueran bastantes, es Silvela que hiera hoy á su gran comunión política en plena digestión y la imposibilita de continuar saboreando las delicias

del festín, como si se hubiera contaminado con el ejemplo de Nocedal hijo, quien había dado en su tiempo la más tremenda cuchillada á aquel partido vigoroso que demostraba la exuberancia de su vida en los campos de batalla y en los riscos de la montaña. Y ha seguido poco después Castelar, aquel que se propone descansar satisfecho de su obra, ilustrando la historia de España, después de haber revuelto la nación, fundado escuela y abandonado sus discípulos en medio del arroyo, para pactar con sus perseguidores de antaño que le predicaban sus errores y le censuraban sus desvarios, como será quizá mañana Canalejas quien no pudiendo aguantar el hervor de la sangre primavera, fundará también probablemente su cátedra propia y completará las cuatro defecciones de las cuatro grandes comuniones políticas de más viso que se disputan los destinos patrios, como para probarnos que la disensión, la defección y la división y el aniquilamiento, son los síntomas de un estado patológico congénito y general de nuestro temperamento y de nuestra raza degenerada.

Véase porque cuando vemos y reflexionamos sobre tanta miseria y decadencia de nuestra patria, sojuzgada y secuestrada muchísimo tiempo por tantos hombres y comuniones políticas, que tienen perennemente en los labios las palabras de *amor patrio*, y se proclaman sus más celosos, sacerdotes y adelantados centinelas que vigilan para que no se extinga este fuego sacro, á pesar de salir ella cada año mas harapienta y maltrecha de sus manos profanas, véase porque al ver tanto bizantinismo y degeneración, apartamos con asco la vista de este cuadro de miseria y acostumbramos buscar un lenitivo en los grandes hechos de más grandes tiempos, en los altos ejemplos de la Historia patria, en que era una verdad el amor por ella y sabían sus hijos ofrecerle sus afectos, sus haciendas, su bienestar y su sangre.

La semana que acaba de transcurrir, nos conmemora precisamente el aniversario de un acontecimiento altamente heroico y sublime, de una epopeya de estas que solo saben realizar los pueblos que menos hablan de amor patrio, por el hecho mismo de que mejor saben sentirle, porque lo sienten con esta fiebre que acelera el pulso, activa las palpitations y congestiona el cerebro.

El dos de Mayo es una gloria nacional y un suceso inmortal, pero de una inmortalidad eterna, de una inmortalidad clásica, al estilo de la que goza Troya, Cartago ó Sagunto. Solo encontramos comparable con él, en los hechos de la época moderna, si atendemos á los pocos medios de defensa contra enemigos superiormente fuertes, casi omnipotentes, y á la grandiosidad del sacrificio, los heroicos y memorables sitios de Gerona y Zaragoza que siguieron á aquel levantamiento.

Infinitas veces hemos leído aquellos grandes sucesos y con anhelo hemos buscado las distintas obras que de tales hechos se ocupan, para devorar sus páginas.

Honda impresión nos causó la lectura de una memoria de autor anónimo, testigo presencial de los hechos, que intervino en ellos y los escribía allá en 1808 y á raíz de los mismos sucesos, con todo con el fuego que hervía su sangre y al unísono de la de aquellos héroes.

De él vamos á extraer los principales hechos y á entresacar las principales narraciones, seguros de que sabrán agradecerlos nuestros lectores el que de vez en cuando pongamos á su vista los altos ejemplos que vigorizan el espíritu y levantan el ánimo por la enseñanza el ejemplo y el gran fruto que irradian.

Mal estaban las cosas en España en los tiempos á que nos referimos.

Los buenos españoles gemían murmurando y descansándose, sin atreverse á levantar la voz; el ambicioso y disoluto Godoy deliraba por su corona de los Algarbes; el rey Carlos cazaba y vegetaba; María Luisa preparaba la cuchilla que debía segar la vida á Infante, San Carlos y Escoiquiz; Fernando negociaba su casamiento con una princesa de la familia de los Bonapartes; Napoleón saqueaba el Portugal á pretexto de que era amigo de Inglaterra; la Europa esperaba con ansiedad el resultado de las escenas del Escorial y el de la invasión de las tropas imperiales en la península, persuadida de que el león rugía buscando una presa á quien devorar.

Y no obstante, en el interior de la península se gozaba de una aparente y relativa tranquilidad. Carlos y María Luisa creían que á título de la amistad y fina alianza que les aseguraba el Emperador, estaban embotadas para ellos las garras del león; Godoy, esperando su prometida corona y